

# SUEÑOS DE TÁNGER

JON ARRETXE

Traducción de Cristina Fernández

erein

— | —

ENTRE BRUMAS

# 1



Se aproxima una motocicleta que va dejando a su paso una estela de humo y polvo. Un hombre negro la conduce; a su espalda, una mujer joven, blanca. No existe pista ni senda marcada, pero se intuye cuál podría ser su trazado. El virtual camino de tierra sube y baja, atravesando un área sembrada de construcciones de una sola planta, diseminadas sin el menor atisbo de orden o planificación. El sol golpea con fuerza y la moto –conductor y pasajera, ambos sin casco–, va despacio, sorteando socavones, piedras, u otro tipo de obstáculo. El conductor frena, dejando atrás unos pedruscos, y con un gesto de la cabeza señala hacia un portón de hierro medio oxidado, pintado de rojo oscuro, que está entreatabierto.

–Es ahí.

La chica se apea de la moto y deja caer su mochila. Aparenta veintitantos años, es delgada, alta, de figura atlética. Sus largos cabellos rubios están revueltos y cubiertos de polvo, un polvo rojizo que también envuelve su rostro de piel blanca bronceada.

Trata de gratificar al motorista con una pequeña cantidad de dinero en muestra de agradecimiento, pero éste lo rechaza; se lleva la mano al corazón y se va por donde han venido, tras desear buena suerte a la joven. Ella intenta alisarse los encrespados mechones y se sacude la indumentaria: unos pantalones lilas, muy finos, y una camiseta naranja de manga corta. Más o menos repuesta, centra la atención en el conjunto de viviendas que tiene delante. La puerta roja de hierro parece ser el acceso a un patio, y junto a ella, sentada sobre un cartón extendido en el suelo y apoyando la espalda en la pared, una mujer negra vende cacahuetes y plátanos que expone en lo que se podría considerar la mínima expresión de un puesto. Lleva un holgado y llamativo vestido de tela multicolor. Un poco más allá se ve a otra mujer, en similar postura, similar aspecto y vestimenta, si bien, en este caso, prepara fritos en una enorme sartén rebozante de aceite. Ambas observan a la joven sin ningún disimulo, la examinan en silencio, con una expresión difícil de interpretar. Y no son las únicas. En un instante el lugar se llena de críos, como salidos de debajo de las piedras, que muestran aún mayor interés, si cabe, por la

recién llegada. Empujados por la curiosidad, se van apiñando a su alrededor, poco a poco, en silencio. Muchos van descalzos, aunque algunos llevan sandalias; unos están prácticamente desnudos, otros vestidos de cualquier manera. Los que no cargan con otro crío más pequeño llevan algo entre las manos, ya sea una lata roñosa, una botella de plástico vacía, una pelota medio hinchada, un palo... De cualquier forma no inducen a lástima, pues su aspecto es saludable, parecen felices. En su barrio de Bamako no es habitual ver blancos, y observan atentamente a la inesperada visita: qué alta es, qué pelo tan claro, qué nariz tan larga...

Entonces, la chica repara en un sonido seco y repetitivo, un golpeteo rítmico procedente de una chabola cubierta de plásticos. Con la mochila a la espalda, camina hacia allí y, con las consiguientes reservas, se asoma a su interior. Dentro hay cuatro hombres abatanando prendas sobre un tronco, golpeándolas con unos gruesos mazos de madera. Entregados mecánicamente a su labor, como si fueran robots, sin interrupciones, sin perder el compás, sin tener en cuenta la presencia de la desconocida. De hecho, se diría que ni la ven con sus miradas perdidas entre los mil colores del montón de tejidos apilados que esperan su turno.

Tras la pequeña inspección, la recién llegada da media vuelta con la intención de alcanzar la puerta de hierro, momento en el que vuelve a sentir esa sensación de

ahogo que, gracias al viaje en moto, casi había olvidado; y piensa en el calor insoportable que deben de soportar esos hombres. Es abril, plena estación seca, una época en la que todo Mali es un horno.

El grupo de niños mirones, cada vez más numeroso, sigue ahí, en silencio, sin moverse de sitio, como tampoco lo han hecho las vendedoras. La joven cruza el portón dirigiéndoles una especie de saludo con la cabeza y, al atravesar el umbral, se encuentra en un patio muy amplio de forma cuadrangular. Los muros que lo cierran se elevan poco más de dos metros, y a lo largo de su perímetro se abren varias puertas, ocho o diez en total. Son los accesos a las viviendas de las diferentes familias que conviven en el recinto. Todas comparten el mismo cuarto de baño, situado a la izquierda del acceso: un cubículo sin puerta, con paredes de adobe y un agujero en el suelo por el que todo cae directamente a un pozo séptico; opuesto a él, se halla el grifo de uso comunitario. Ahí, junto a la llave de paso, una chica, todavía casi una niña, se afana en llenar de agua barreños y baldes, uno detrás de otro. En esa postura tan propia de las mujeres africanas, con la espalda inclinada desde la cintura y las piernas firmes, sin flexionar, queda en evidencia la gravidez de sus orondas carnes. A su lado se ve un bebé, que no llega al año, alojado en una palangana de plástico, y que es quien primero percibe la presencia de la intrusa, observándola inmóvil con sus grandes ojos subrayados por la línea negra que contornea

sus párpados. Seguidamente lo hace la madre, abandonando por un instante su quehacer.

–Buenos días –saluda sonriendo la joven blanca, al tiempo que extrae del bolsillo una fotografía–. ¿Lo conoces?

Como respuesta: otra sonrisa.

## 2



La portezuela de un camión con las lunas empañadas se abrió entre las sombras de la noche. De allí descendió una joven magrebí que se cubrió la cabeza con un pañuelo blanco en cuanto pisó tierra. A continuación, la joven estiró la tela de su chilaba amarilla en un vano intento de eliminar las arrugas y emprendió el paso con sumo cuidado, esquivando los charcos embarrados del oscuro *parking* adyacente al puerto. Al encontrarse con la carretera, la cruzó cautelosamente por un largo paso de cebra, apenas perceptible, que ningún conductor respetaba. Llegó hasta la calle España y luego se adentró en el parque que había al final de la misma. Sintió el hedor que salía de los urinarios públicos semiabandonados. Entonces, decidió dar un pequeño rodeo, siempre en dirección a la parte vieja de la ciudad. La presencia notoria de esporádicos



guías y buscavidas de toda clase y condición arremolinándose a la entrada del puerto de Tánger preludiaba la llegada de un *ferry*.

La chica siguió su camino, y al llegar al límite amurallado de la medina no eligió el acceso más directo, a través del arco, sino que optó por las escaleras situadas a la izquierda del mismo. En ese trayecto de peldaños desgastados, junto al zaguán de una de las viviendas adosadas a la muralla, se encontró con una anciana mendicante sentada en un pretil. Ella también cubría su cabeza con un pañuelo blanco y, además, llevaba una manta negra que le abrigaba la espalda. Uno de sus ojos tenía los párpados sellados y hundidos hacia dentro, el otro era de un color blanco lechoso. Se diría que estaba ciega, pero, de alguna manera, esa inquietante mirada de cíclope sin pupila parecía llegar a atisbar incluso el más allá. Un vestido ajado cubría su escuálido cuerpo hasta las rodillas, dejando al descubierto la piel escamosa y descolgada de sus piernas magulladas, llenas de cardenales que combinaban a la perfección con las rayas moradas y blancas nada discretas de sus raídos calcetines.

La joven sacó un dírham que encontró rebuscando en un bolsillo y lo puso en la mano sarmentosa que le tendía aquella mujer reseca. Esta esbozó una sonrisa desdentada en cuanto sintió el frío del metal en su palma y, de repente, en un acto reflejo que hubiera sobresaltado a cualquiera que no la conociese, agarró la mano caritativa

que le había dado limosna y aspiró profundamente, olfateándola mientras le acariciaba los dedos.

—Muchas gracias, Fátima, que Alá te lo pague —dijo, casi en un susurro.

La chica también respondió con una sonrisa y continuó escaleras arriba. Cruzó un arco sencillo, pasando bajo una placa en la que se leía *Rue Mokhtar Ahardan*, traducción de la grafía en árabe que podía verse a su lado. Desde aquel punto, una callejuela subía abriéndose paso entre la amplia oferta de alojamientos cuyos rótulos desteñidos y roñosos difícilmente atraerían las divisas de los turistas. De hecho, allí se aglutinaban las pensiones y hostales más miserables de la ciudad. La joven vestida de amarillo caminó hasta llegar a una esquina iluminada por la luz tenue y oscilante de un plafón roto. En la misma pared mugrienta se podía leer *Hotel Olid* en un cartel de letras rojas sobre fondo blanco. Y debajo del letrero, en la misma esquina, una mujer de mediana edad, y bastante entrada en carnes, aguardaba. Iba vestida con una chilaba anaranjada, casi a juego con su cabello teñido de un tono cobrizo bastante subido.

—¿Todo bien, Fátima? —preguntó con su ronca voz.

—El tipo no era muy limpio, pero al menos me ha pagado sin soltarme rollos.

—¿Te quieres duchar?

—No hace falta. Enseguida vuelvo.

Caminó hacia el minúsculo restaurante vecino, un vulgar local de techo bajo que no ofrecía más que la consabida *harina* y alguna que otra sencilla ración, muy a pesar de la larga lista de platos escrita directamente sobre la pared. Fátima saludó a la cocinera, que mataba el tiempo aburrida junto al mostrador, y fue directa a la pila que había en la entrada. Abrió el grifo y se lavó concienzudamente las manos y la boca. De repente, se quedó inmóvil, mirando con atención a la chica del espejo. Entre las grietas renegridas del vidrio deslucido podía verse el rostro de una mujer todavía joven y hermosa, de finos rasgos y mirada cristalina. Fátima se preguntó cuánto tiempo tardaría en marchitarse aquella imagen; no demasiado, de seguir con aquella vida. Pero no quiso detenerse en semejantes cavilaciones y, de un pequeño respingo, volvió en sí para terminar de secarse las manos y regresar junto a su compañera.

—Y tú, Soraya, ¿ningún cliente?

La mujer movió la cabeza con resignación.

—Si esto sigue así, se acabó. Podemos darnos por jodidas, pero de verdad.

La aspereza de su tono, las dos profundas arrugas verticales entre sus cejas pintadas con *eyeliner*, sus movimientos bruscos... Todo su aspecto, en general, resultaba disonante; el contrapunto de la joven Fátima, que aún conservaba la frescura propia de su edad.

—No será para tanto. Habrá que aguantar hasta el verano y ya está; entonces nos irá mejor.

—Las cosas van mal y todavía irán a peor; no seas tan ingenua, cariño. Cómo se nota que no has conocido los viejos tiempos.

La prostituta más inexperta siguió escuchando en silencio el hastiado discurso de la veterana.

—Hasta hace un par de años, estas calles estaban abarrotadas; todas estas fondas y hostales tenían colgado el cartel de “completo”. Incluso, había unas cuantas casas de alquiler siempre llenas. ¡Si es que la medina entera estaba hasta arriba de gente! La mayoría, hombres que pretendían pasar a Europa. Y mientras les llegaba el momento, esos eran los que nos daban de comer, ¿sabes? Sobre todo había negros, de esos que te caen tan bien. Ahora no sé qué coño está pasando, si será la puta crisis o que cada vez controlan más el paso del Estrecho... El caso es que nos estamos quedando sin clientes y, aquí, quien no trabaja no come.

—Lo de las pateras va por rachas, ¿no?

—Sí, pero la de ahora es una racha muy mala, demasiado larga, créeme. No sé cómo vamos a acabar...

Las dos mujeres se quedaron en silencio, intentando digerir el pesimismo de aquellas palabras. No se oía más que el zumbido del farol mal ajustado que colgaba junto al rótulo del hotel.

—Acaba de llegar un *ferry* —dijo Fátima, intentando espantar el desaliento—. A lo mejor ahora mismo está

desembarcando la solución a nuestros problemas, el hombre que nos sacará de este agujero.

–Sí, el príncipe español.

–O francés.

–O de la Conchinchina. Si no tiene por qué ser un príncipe azul...; a nosotras nos sirve amarillo, blanco, negro... Qué más da, ¿verdad, Fátima?

La joven no pudo por menos que sonreír: sabía muy bien que el sarcasmo de su amiga no era más que un mecanismo de defensa.

–Pues sí, ¿por qué no? Podría ser de cualquier sitio.

–Me das envidia, hija. ¡Qué encanto!, todavía estás en edad de creer en cuentos.

–Qué pesada eres con lo de la edad, Soraya; tú tampoco eres tan vieja.

La pelirroja no respondió. ¡Cuántas conversaciones como aquella! Unas veces combatían el desánimo a carcajadas; otras, el fatalismo las asfixiaba. En aquella ocasión, volvieron a quedarse en silencio, las dos; allí quietas, congeladas bajo el chorro de luz fría que les llegaba intermitente desde el plafón agrietado, rodeadas de oscuridad y, al mismo tiempo, iluminadas por el foco del teatro de la vida, como dos actrices que terminarían el primer acto. A diferencia de que allí estaban totalmente solas, nada de guionistas ni directores; ellas improvisaban su propia supervivencia, aunque al final nadie las aplaudiera.

–Sigue soñando, pequeña –dijo Soraya, mientras su mirada traspasaba el umbral del pequeño restaurante vecino y se posaba sobre la cocinera, que dormitaba sentada en un taburete, apoyada en la barra, con la cabeza reposando sobre su brazo derecho a modo de almohada.

–Tú también –le respondió Fátima.

### 3



Según iban desembarcando, los pasajeros pasaban el control de aduana y, gradualmente, cruzaban la gran explanada del puerto de Tánger. Algunos conducían su propio automóvil; otros, según dónde fueran a pasar la noche, cogían un taxi para ir a la Ciudad Nueva o cubrían a pie el corto trayecto hasta la medina. Estos últimos eran los que interesaban al grupo de hombres apostados junto a la salida. No importaba lo avanzado de la hora, ellos permanecían al acecho como alimañas nocturnas, con la esperanza de conseguir alguna presa antes de retirarse a sus cubiles. Tan pronto como los viajeros atravesaran la verja metálica, se abalanzarían sobre ellos, escogiendo en especial los de aspecto europeo: *Bienvenido a Tánger, amigo; Bienvenu à Tanger, mon ami; Welcome to Tanger, my friend...*

Tras pegarse como lapas a los indefensos visitantes, seguirían el protocolo habitual. En primer lugar, habrían de atinar con la nacionalidad del “afortunado” elegido. Una vez desvelado ese importante detalle, no habría barrera idiomática resistente a la locuacidad de aquellos que, de una forma u otra, se las arreglarían para hacerse entender y captar la atención de los más incautos. La siguiente fase se centraría en conducir a la víctima hasta el hotel donde el embaucador solía recibir una comisión por cada nuevo cliente conseguido. Eso se lograba de manera excepcional, de modo que, normalmente, era necesario continuar con un tercer paso: ofrecer un hachís “de la mejor calidad”. Y si eso tampoco funcionara, siempre se podría recurrir al lamento por las desdichas familiares y la pobreza en Marruecos para al menos intentar llevarse alguna moneda suelta.

Pero el invierno no era la mejor época para recibir visitantes y eran pocos los turistas europeos que llegaban en los *ferry*s. Uno de los pseudoguías más jóvenes, un chico enclenque con muletas, que tenía unos enormes ojazos azules, enseguida se dio cuenta de que no tenía nada que hacer con el francés barrigón que acababa de abordar y, buscando una mejor oportunidad, echó un vistazo a su alrededor, hasta reparar en un tipo alto de aspecto magrebí. Tendría treinta y tantos años e iba bien vestido, con ropa que parecía cara y recién estrenada: cazadora negra de cuero, vaqueros grises, deportivas de marca, gafas de sol



a la testa, bolsa de deporte al hombro... Atravesaba el parque del final de la calle España, camino de la medina, y el joven tullido, manejando con destreza las muletas, aceleró su marcha hasta dar alcance al individuo.

–Tú no eres de Tánger, ¿verdad, compañero? –se dirigió a él en árabe.

El chaval se sabía ignorado, pero no pensaba darse por vencido tan pronto.

–Dime, amigo. Tú no eres de Tánger, ¿verdad? –esta vez en francés.

–...

–Pero tampoco tienes cara de europeo –insistió, volviendo a su registro inicial–, aunque venías de Tarifa...

–Tengo pasaporte español –contestó el hombre, por fin, cediendo a la cháchara del joven entrometido.

–Pero tú eres marroquí; o por lo menos has nacido en Marruecos –siguió soltando carrete, intuyendo que estaba a punto de picar.

–Sí.

–Aunque no eres de Tánger.

–No.

–Pues si es tu primera noche en la ciudad, necesitarás a alguien que te eche un cable. Yo te puedo conseguir un hotel bueno y barato.

–...

–No son horas para que andes por ahí, callejeando en busca de un hotel decente.

–Ya tengo un hotel decente.

–¿En la medina?

–Sí.

–¿Cuál?

–No te importa.

–¿Sabes ir?

–Preguntas demasiado, ¿no?

No fueron palabras excesivamente hostiles, pero la firmeza con que fueron pronunciadas y el potente tono de voz que las acompañaba, deberían haber bastado para ahuyentar al moscardón. Sin embargo, el que se autodenominaba guía no cejó en su empeño.

–Te advierto que no es fácil orientarse en el barrio antiguo de Tánger, es como un laberinto, y podrías perderte. Seguro que debe de haber una medina en tu pueblo y, en ese caso, ya sabes de qué te estoy hablando –para entonces ya estaban frente al arco de entrada a la ciudad vieja–. Ahora puedes continuar por ahí o tirar para arriba por estas escaleras, depende de a qué hotel vayas. Si no, tanto da, por cualquiera de los dos lados se entra en la medina.

Después de dudar un segundo, el hombre enfiló escaleras arriba a buen paso. El chico de las muletas le siguió impenitente, si bien apenas le llegaba el resuello para aguantar el ritmo de la subida. Al menos así se estuvo callado, aunque solo fuera durante medio minuto, hasta que llegaron al pretil donde descansaba una pordiosera

tuerta que parecía tener más años que los propios muros de la medina. Se detuvieron frente a ella; probablemente no podía verlos, el único ojo que conservaba estaba velado por una capa blancuzca, pero había oído acercarse unos pasos desconocidos escoltados por un golpeteo de muletas más familiar, y ya tenía la palma de la mano extendida cuando ambos llegaron a su altura. El viajero metió la punta de los dedos por la abertura del bolsillo más estrecho de sus tejanos, buscando alguna moneda suelta para darle una limosna. Consiguió sacar un dirham que fue a parar al suelo y, cuando se agachó a recogerlo, se encontró con las reseca piernas desnudas y amoratadas de la anciana, y unos calcetines deshilachados a rayas blancas y lilas. Se incorporó y, superando la repulsión que le provocaba aquella pordiosera, puso la moneda en el centro de su palma mendicante, intentando ni rozarla siquiera; pero la mendiga cerró el puño de sopetón, asiendo la mano benefactora. De un tirón, atrajo hacia sí al hombre, sin darle nada de tiempo a poder evadirse de sus zarpas de uñas amarillentas. Un fugaz ramalazo de miedo sacudió con un escalofrío las vértebras de aquel mortal, aunque no fue cuestión más que de un segundo. Solo se trataba de una vieja ciega que se disponía a registrar la fragancia de su piel en su archivo de olores particular, probablemente con la única intención de reconocerle la próxima vez que pasara por allí, si llegara a darse el caso. La mujer le dio las gracias en

árabe en el mismo momento en que él conseguía zafarse y reanudaba su marcha escaleras arriba, sin decir nada, sin dejar traslucir la inquietud que le había provocado aquel encuentro.

Seguido por el joven de las muletas, el forastero llegó hasta el final de las escaleras, donde había otro arco más pequeño que daba paso a la angosta subida de la calle *Mokhtar Ahardan*. Según iba ascendiendo, no dejaba de resultarle sorprendente la excesiva acumulación de pensiones y hostales que había en tan pocos metros.

—Está bien compadecerse de los pobres, amigo —estaba visto que no le iba a resultar fácil librarse del tullido—. Eres una persona caritativa, pareces un buen musulmán. Y es que lo eres, ¿no?

—Más o menos.

—¿Cómo te llamas?

El hombre hizo un alto y se quedó mirando a su tenaz perseguidor antes de responder.

—Mohammed —su tono indicaba que empezaba a estar harto.

—Yo, Monés —sujetó las dos muletas con una mano, a fin de dejar libre la que iba a tender a su presa.

—Muy bien —dándole un desganado apretón de manos—, pero no necesito tu ayuda. Ya sé dónde está mi hotel, por lo tanto...

—¿No quieres un poco de hachís?

—No —respondió el viajero, en tono desabrido. Pero su perseguidor resultaba implacable.

—¿Y alguna chica? —dijo, señalando a las dos mujeres plantadas unos metros calle arriba, bajo un cartel rojo y blanco que decía *Hotel Olid*—. Vestían la tradicional chilaba; una parecía bastante joven y llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo blanco, mientras que la otra, más entrada en años y en carnes, lucía un cabello ondulado y cobrizo, teñido sin duda alguna.

—¿Qué tal, cariño? —saludó esta última.

Pero el potencial cliente ni se dignó a responder. La voz cascada y estridente de la pelirroja rebotó en las paredes llenas de desconchones, sin provocar más reacción en él que la de desviar la vista para lanzar una furtiva mirada a la más joven, la que vestía de amarillo, antes de seguir calle arriba. Su semblante iba ensombreciéndose y parecía que el tedio podía con la despreocupación inicial. La situación empezaba a resultarle realmente cargante, aquel individuo se había convertido en su sombra y no paraba de hablar.

—¿Seguro que no quieres una mujer? Son muy guapas, ¿las has visto bien? Y mucho más baratas que las españolas. La del pelo rojo puede hacerte lo que quieras, cualquier cosa. La otra no tiene tanta experiencia, es casi virgen, tierna y delicada, de piel blanquísima, suave como la seda. Dime la verdad, yo creo que a ti te ha gustado la jovencita, ¿no es así?

El recién llegado se detuvo en seco y, harto de peroratas, se encaró con el supuesto guía. Por un momento, éste pudo fijarse en la cicatriz que, en forma de media luna, marcaba el ángulo exterior de su ojo derecho. Aquel forastero, que le sacaba dos cabezas, le pareció aun más grande cuando, se lo encontró, de repente, a escasos centímetros de su nariz.

—Si quiero putas, ya sé dónde conseguirlas, y no fumo chocolate, ¿de acuerdo? —le soltó en actitud amenazante.

—De acuerdo; ¡no te pongas así!

Se hizo un silencio incómodo, pero el chico estaba más que acostumbrado a remontar en semejantes tesituras y, sin amilanarse del todo, decidió jugar una última carta.

—Tienes razón, tienes más clase que todo eso; en realidad, no entiendo que haces en esta calle, aquí no hay más que hostales de mala muerte... Seguro que te dirigiás al Continental y te has perdido, ¿no es cierto?

—No.

—Bueno, vale, si quieres que me vaya, ya me voy —parecía que por fin iba a desistir—. Por si te sirve de algo, ahí mismo, cincuenta metros más arriba, tienes el Zoco Chico: cafeterías, restaurantes y demás. Y, si pasas de largo, a otros trescientos metros, más o menos, atravesando el resto de la medina sales al Gran Zoco.

—Ya lo sé.

—Vale. Entonces, ya no me necesitas más, ¿verdad?

—No.

—Vale, vale, ¿qué tal entonces una pequeña propina por mi ayuda y toda la información que te he dado? Antes he visto que sigues los preceptos del Islam. Piensa que todos no somos tan afortunados como tú, ya sabes, a mí también me gustaría vivir en España y...

—No pienso darte ni un puto céntimo —le espetó el hombre, sin hacer ya el más mínimo esfuerzo por disimular su hastío—, ya me has asqueado bastante y será mejor que te largues antes de que se me agote la paciencia.

Si se hubiera tratado de un turista corriente, el guía de pega habría reaccionado de otro modo, pero en esta ocasión intuyó que había algo diferente en aquel tipo. Pensó que quizás estaba tensando demasiado la cuerda y que sería preferible dejarlo antes de que la situación se volviera en su contra. Sí, lo mejor sería desaparecer, cualquiera sabe qué tipo de gente anda por ahí... Sin osar abrir la boca de nuevo, con una mueca de desagrado, se dio media vuelta y, tambaleándose entre sus muletas, se fue por donde había venido.

El forastero respiró entonces a fondo, por primera vez desde que había pisado Tánger, y se quedó pensativo unos segundos. Estaba frente al hotel Mamora, no tenía tan mal aspecto; visto lo que había por allí, aquella le pareció la opción menos desastrosa y, puesto que no le apetecía seguir dando vueltas, decidió entrar y pedir la mejor habitación que tuvieran.

Cogió la llave en recepción, subió al segundo piso y, al abrir la puerta de la “suite”, le abofeteó una vaharada de humedad. Dejó su bolsa en el suelo y fue directo a abrir la ventana, que tenía los cristales totalmente empañados. Al menos, desde allí había una buena vista; seguramente por la mañana podría otearse el Estrecho en el horizonte, pero mientras tanto, se adivinaba otro mar bajo el cielo oscuro: un mar de azoteas y terrazas encaladas. Y bien iluminado, en el centro del encuadre, un alminar imponente se elevaba entre los tejados verdes de la Gran Mezquita de la ciudad. Las nubes ocultaban la luna, amenazaba lluvia; no obstante, aparecían por doquier colchones, alfombras y ropas lavadas, aireándose a la intemperie, junto a las antenas parabólicas, los cables, hierros retorcidos y otros objetos de desecho diseminados al azar, conformando entre todos una mezcla heterogénea que no dejaba de tener cierto interés estético. Gracias a los potentes focos del puerto, se podían ver las casas, apiladas unas sobre otras, pendiente arriba, e incluso se llegaban a distinguir las murallas de la *Kasbah*, que constituían una segunda fortaleza dentro de la vieja medina. Detuvo su mirada sobre las gigantescas letras rojas del hotel Continental. El lisiado tenía razón; ese era su destino en realidad, pero a esa hora poco importaba, ya iría allí al día siguiente.

Sacó el móvil del bolsillo y marcó un número.

—He llegado —dijo.